

# El espejo de las ideas El colegio y la misión

**EDUARDO GARZA CUÉLLAR**

*Para Miguel Ángel Gurrola,  
Alejandro Latapí y Carlos Escandón,  
itinerantes*

18

EstePaís cultura

La Compañía de Jesús, hija del espíritu renacentista y de la contrarreforma, se definió inicialmente por su vocación misionera. La orden religiosa recién fundada por el vasco Ignacio de Loyola entendió inicialmente así su carisma y estableció misiones en China, Japón e India que, aunadas a las instituidas en África y en el recién descubierto nuevo continente, le dieron, en un lapso inverosímil de tiempo, presencia en prácticamente todo el mundo.<sup>1</sup> Entre sus miembros figuraron algunos de los más importantes astrónomos, botánicos, etnógrafos y cartógrafos renacentistas, incluidos los realizadores del primer atlas integral de China y de importantes regiones de América, como la península de California.

Mateo Ricci constituye una figura paradigmática de este carácter misionero: comprendió que antes (y además) de *llevar* a China la fe cristiana y los principales hallazgos de la ciencia europea, tendría que *asimilar* en carne propia su cultura milenaria. Es reconocido como el primer occidental capaz de dominar el idioma chino. Ganó paciente y hábilmente la confianza personal del emperador. Fue el primer extranjero al que se le otorgó un lote para ser enterrado en terrenos imperiales. Reorientó la estrategia misionera jesuítica, hasta entonces no del todo exitosa, en Asia y descubrió lo que a la jerarquía católica le llevó siglos admitir: que era posible encontrar semillas de la Revelación en latitudes culturales distintas a Occidente.

<sup>1</sup> La congregación, fundada por diez personas en 1540, llega a Goa en 1546, al Congo en 1547, a Brasil en 1549 y a Etiopía en 1554, al tiempo en que funda provincias en Portugal en 1546, España en 1547, India en 1549, Italia en 1551, Francia en 1552 y en el propio Brasil al año siguiente.

Sin embargo, mientras las misiones de los jesuitas crecían y se extendían, éstos recibían de aristócratas amigos y de responsables eclesiásticos, así como de las propias sociedades coloniales en gestación, peticiones para formar a sus hijos en colegios y universidades.

No exentos de titubeos y dudas iniciales, los jesuitas respondieron a dichas demandas también con fecundidad ejemplar. Sin contar con experiencia docente alguna, establecieron 30 universidades en un periodo de diez años, entre las que se cuentan las fundadas en Austria y Sicilia, así como en el norte de Italia, en Portugal, en Francia y en la propia ciudad de Roma. Para fines del siglo XVIII, habían construido la red de educación superior más grande del mundo, con más de 700 instituciones, llegando en sus momentos de mayor penetración a educar al 20 por ciento de los europeos que seguían cursos clásicos de enseñanza superior.<sup>2</sup>

Fundamentalmente, *habían aprendido* —de la historia— *una nueva forma*, radicalmente distinta a la de la misión, *de atender su vocación: la del colegio*.

En estos dos símbolos, el colegio y la misión, podemos encontrar paradigmas capaces de contener, quizás en su totalidad, las empresas humanas, incluidas por supuesto las de naturaleza cultural.

El colegio se define por la vocación arquitectónica, femenina, de generar espacios ricos e interesantes, *centros de atracción* capaces de congregarse e iluminar.

La misión, por su parte, es de naturaleza itinerante y de signo masculino: asume el reto de salir al encuentro del otro, el de explorar y conquistar su territorio y el de penetrar su estructura mental.

El paradigma del colegio agrupa a las bibliotecas, a la metafísica y a las ciudades. El de la misión, inspira el *marketing*, la antropología social, la pedagogía, los

<sup>2</sup> Entre sus alumnos se cuentan Molière, Calderón, Descartes, Voltaire (quien reconocía en los jesuitas temibles polemistas), Ortega y Gasset, Mitterand, Clinton y Castro. Actualmente, los jesuitas dirigen 2,000 instituciones educativas en un centenar de países.

transportes. La rivalidad tradicional, casi necesaria, entre la Universidad y la Secretaría de Educación —la pugna por el escritorio de Vasconcelos— no es sino una expresión más de la necesaria tensión entre ambas construcciones simbólicas.

Un político, que en campaña es misionero, está llamado, como gobernante, a establecerse en el *colegio* de las instituciones. Los traductores, comunicadores, paramédicos, consultores y publicistas son misioneros. Los arquitectos, por su parte, junto con los abogados y los maestros, pertenecen a la estirpe espiritual del colegio. Los teólogos y docentes pertenecen al colegio, los investigadores de campo y los predicadores, a la misión.

El colegio busca atraer a una parte de una sociedad. Luchamos con razón para que sus filtros no sean otros sino los relativos a su propia naturaleza: académicos, intelectuales, de competencias. Nada justificaría una universidad pública con obstáculos de otro orden (económico, político, de clase). Pero una universidad sin filtros de orden académico —nos lo recuerdan espíritus tan diferentes como el del cardenal Newman y el de Ortega y Gasset— estaría condenada a empobrecerse. La misión, por su parte, cuenta entre sus ideales el de alcanzar la totalidad de un grupo social.

Las armas del misionero no difieren en esencia de las del explorador, el conquistador y el cruzado. Tienen siempre por objeto *acceder* a nuevos territorios geográficos o mentales. Arietes, caballos, dagas, binoculares, autos, telescopios, metáforas y palabras cuyo prototipo es la espada. Los instrumentos del colegio comparten la vocación de atraer: pizarrones, plazas, salas de concierto, altares, museos, edificios; siempre son de naturaleza inmueble. Las unas aspiran a conquistar espacios físicos o, idealmente, mentales. Los otros a edificar, a construir imanes.

Más allá de nuestra fascinación personal por cualquiera de estas vo-

caciones, de nuestro ser arquitectos o cruzados, muralistas o maestros, toda obra cultural fecunda da cuenta de la complementariedad de ambas vocaciones y, más aún, la requiere.

La aventura histórica que nos faculta a hablar hoy de los *derechos humanos*, por ejemplo, surge necesariamente del diálogo —apasionado, fecundo, en ocasiones desgarrador— entre misioneros como Bartolomé de las Casas y teólogos como Francisco de Vitoria,<sup>3</sup> entre aquellos que se aventuraron a explorar un universo nuevo y los que permanecieron en las universidades, entre América y Europa, entre “Juan y José”,<sup>4</sup> *entre el colegio y la misión*. Es posible expresar su legado con la fórmula, casi exacta, de una ecuación. Misión más colegio igual a vitalidad.

A la ruptura de este diálogo debemos la fragilidad de muchos de nuestros proyectos, su obsolescencia, su intrascendencia. Los académicos encerrados en sus tecnicismos, los filósofos extraviados de la razón vital, las revistas que se vuelven soliloquios, los novelistas autorreferenciados o los ar-

quitectos enfermos de esteticismo son los que, literalmente, han perdido la misión. Los activistas de cualquier causa, los periodistas y comunicadores sin apuesta, los publicistas huecos, y esa gran masa de profesionistas enajenados que pueblan nuestro entorno laboral se han extraviado, en ocasiones irremisiblemente, del colegio.

Pero el vínculo *misión-colegio*, su vitalidad, da cuenta de una razón histórica. Por eso especialistas en cambio cultural desprejuiciados, provenientes de diversas disciplinas, se han acercado a dominicos y jesuitas para aprender de ellos y de su tradición.<sup>5</sup> Por eso el diálogo entre los de una y otra estirpe se antoja más urgente. Por eso quienes —académicos, investigadores, gente de cultura, profesionistas— sentimos la vocación de dejar alguna impronta en nuestro tiempo, podemos extraer de este modelo de intercambio vivo, más que nuevas razones para excusar el fracaso de nuestros proyectos y su intrascendencia, una clave para imprimirles vigor y fertilidad. ~



<sup>3</sup> La orden de predicadores —los dominicos— se funda en plena crisis del modelo conventual medieval y se asume a sí misma como itinerante. Su historia se construye también del diálogo equilibrado entre las funciones académicas y de naturaleza pastoral.

<sup>4</sup> Referencia nefasta a una canción de Serrat.

<sup>5</sup> Pienso entre otros en el encuentro, denominado “itinerancia”, entre consultores en cambio organizacional y religiosos de ambas órdenes realizado en noviembre del 2007 ([www.itinerancia.org](http://www.itinerancia.org)) y en los promovidos en fechas recientes por los jesuitas para reestablecer el diálogo con sus ex alumnos.